

GONZALO CORREAL URREGO

1990 *Aguazuque. Evidencias de cazadores, recolectores y plantadores en la altiplanicie de la Cordillera Oriental*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República. Bogotá.

Colombia es un país con tantas incógnitas arqueológicas, que casi cada año se hacen hallazgos extraordinarios, al menos en el sentido del aporte a nuestros conocimientos del pasado. Es este uno de los factores que hace tan apasionante el estudio del pasado colombiano.

Aguazuque es, sin lugar a dudas, un hallazgo extraordinario, un sitio de primera importancia para la arqueología del país, como son varios otros que han sido reconocidos y excavados por Gonzalo Correal, descubrimientos no solamente afortunados sino también el fruto de largos reconocimientos y de tácticas cuidadosamente elegidas. Acordémonos de El Abra, descubierto por un grupo de arqueólogos, cuando se desconocía casi todo acerca del período precerámico en el altiplano y escogido desde el escritorio como probable sitio de importancia, utilizando mapas y criterios ecológicos.

Luego, con Thomas van der Hammen, la hacienda Tequendama fue prospectada minuciosamente por ofrecer "viviendas cómodas en barrio bien situado",

es decir, abrigos rocosos de buen tamaño situados sobre una de las rutas principales que comunican el altiplano con el valle del río Magdalena. Con la excavación de los abrigos en éste y en otros sitios Correal, van der Hammen y luego otros arqueólogos lograron rescatar un buen acopio de datos acerca del período comprendido entre los 10.000 y 3.000 años antes de Cristo. Faltaba información sobre posibles cazadores de megafauna y por eso Correal llegó a Tibitó.

El proceso que transformó el altiplano de territorio ocupado por escasas bandas de cazadores y recolectores, en una región jaspada con los pequeños cultivos de la gente del período Herrera, era —y aún sigue siendo— relativamente poco estudiado. Valiosas excavaciones como la de Ardila en Chía, de Correal en Vista Hermosa y Pinto en Madrid confirmaron que en esta época los asentamientos eran al aire libre. La cerámica y algunos de los restos vegetales excavados en el abrigo de Zipacón insinuaron importantes contactos con vecinos de las tierras templadas y cálidas. Sin embargo, su localización sobre los límites mismos del altiplano, obligaba a ser

cautelosos al extrapolar esta situación —cerámica y cultivos de maíz— para todo el altiplano en esta época. Mientras en la costa existían, hace más de 5 milenios, poblaciones al parecer sedentarias que usaban cerámica bastante elaborada, en la Sabana la situación era diferente.

Con la excavación de Aguazuque se recuperó información sobre un sitio con una sucesión de ocupaciones precerámicas, datadas entre aproximadamente 3.000 a 1.000 años antes de Cristo. La localización del sitio era privilegiada, en un punto no inundadizo junto a una quebrada de aguas permanentes (Quebrada los Armadillos) donde ésta se ensancha para formar un estero. Los primeros ocupantes del sitio, cuyos restos culturales se encontraron asociados a una fecha de 5025 ± 40 años antes del Presente, habitaron un grupo de chozas pequeñas de planta circular y paredes inclinadas, formadas por cañas delgadas como las del chusque. Vestigios de varios fogones encontrados afuera de estas estructuras, sugieren que cocinaban al aire libre. Construcciones similares se encontraban, también, en el siguiente estrato, pero hacia finales de la ocupación precerámica, huecos de poste que corresponden a construcciones circulares de unos 6 metros de diámetro, parecen indicar cambios fundamentales en el tipo de vivienda.

La explotación del estero durante toda la ocupación del sitio la atestiguan abundantes huesos

de pescado, principalmente "capitán"; los huesos de curí pueden ser, por lo menos en algunos casos, de animales domésticos, pero la caza de curies silvestres en los esteros es una práctica que ha subsistido hasta este siglo. La fuente principal de carne era el venado grande (*Odocoileus virginianus*); se hallaron, además, pequeñas cantidades de huesos de un buen número de especies de mamíferos, aves y reptiles incluyendo 2 muelas de caimán. Estos últimos traídos necesariamente de las tierras cálidas del Valle del río Magdalena, indicarían, quizás, algún significado religioso para el caimán o para sus piezas dentarias, significado insinuado por muchas piezas arqueológicas posteriores. En este contexto, Correal sugiere (p. 109) que los esqueletos casi completos de una lora, una tortuga y una nasua enterrados cerca a las viviendas de la primera ocupación pudieron ser, eventualmente entierros rituales.

Algunos restos vegetales se conservaron por calcinación: una semilla de calabaza (*Cucurbita pepo*), una dioscórea y parte de un tubérculo de ibia (*Oxalis tuberosa*). Este último es un hallazgo especialmente interesante en vista de su importancia en la zona Andina y lo poco que se conoce de su historia. Las condiciones no eran propicias para la conservación de polen, pero se espera que el análisis de fitolitos, emprendido por Dolores Piperno, amplíe esta valiosa información.

Los artefactos líticos empleados era de tipo Abriense con algunas adiciones importantes, principalmente los yunques (utilizados, al parecer, para romper objetos duros como nueces) y los cantos rodados redondeados y con perforación central (¿pesas de palos para cavar?). Es interesante constatar que los cantos rodados con bordes desgastados ("*edge-ground cobbles*") característicos del precerámico tardío de Panamá y hallados en los sitios del altiplano fechados a finales del segundo milenio A. de C., aparecen en Aguazuque hacia la misma época, estando ausentes en los estratos más antiguos. Los artefactos de hueso más comunes eran los raspadores y los punzones. La falta de cerámica (excepto en los estratos superficiales, revueltos) sugiere que en Aguazuque no la veían como una necesidad; hacia finales de la ocupación la conocían, seguramente de sus vecinos al suroccidente. Las excavaciones recientes de Germán Peña en Apulo y las de Mendoza y Quiazua cerca a Tocaima de sitios con cerámica Herrera temprana, relacionada con la de Zipacón, parecen indicar que fue del suroccidente que los habitantes del altiplano adoptaron, finalmente, este producto.

Por otro lado los entierros de Aguazuque insinúan un sistema de creencias bastante complejo y unas habilidades artísticas desarrolladas. Entierros primarios se encuentran desde la ocupación inicial del sitio. Sin embargo, en el estrato siguiente datado en

3850 ± 35 antes del Presente, se halló un entierro colectivo de 21 adultos dispuestos en forma de anillo. Posiblemente las víctimas de alguna epidemia, les acompañaban artefactos de piedra y de huesos, además de presas de carne. Entre los rasgos más extraños de este entierro es la presencia de fragmentos de cráneo que llevan motivos decorativos relativamente complejos, ejecutados en pintura nacarada punteada sobre rojo o en blanco sobre negro. En algunos casos el entierro estaba acompañado por huesos humanos con las extremidades cortadas y pintadas con líneas paralelas blancas. Además de los entierros, restos aislados y completamente calcinados podrían ser el resultado de prácticas de canibalismo. Unas estructuras que se encuentran en éste y en el estrato siguiente, también parecen ser rituales; constan de plataformas circulares sobre las cuales se esparció ocre y se encendieron hogueras. Huecos circulares en estas plataformas fueron rellenos con restos de venado y curí y con arenisca. Cuando se llega al estrato precerámico más reciente, se encuentra que estos entierros complejos fueron reemplazados por inhumaciones sencillas.

Los entierros ofrecieron una excelente oportunidad para estudiar las enfermedades de la época, encontrándose, al igual que en otros sitios precerámicos Cundi-boyacenses, un altísimo índice de artritis y de patologías dentales. Cuidadosamente estudiadas por Correal, la lista de todas las de-

más enfermedades, malformaciones y traumas que tuvo que soportar esta gente, no deja de impresionar.

En la base de ceniza volcánica (6) que yace encima del último estrato precerámico, se hallaron algunos fragmentos de cerámica Herrera. Sin embargo, el sitio ya bahía perdido su importancia como asentamiento, encontrándose para esta época, a unos 200 metros quebrada arriba (y al otro al lado de la carretera actual) una población importante de unas 5 hectáreas de extensión (p.e. Cardale de Schrimppff 1981, 158; 1_976, Lam., IX).

Hay que felicitar tanto a la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales como al autor del libro por un volumen bien presentado y fácil de consul-

tar, gracias a su organización lógica y sus capítulos divididos en múltiples subtítulos. Sin querer entrar en polémicas improductivas, a este lector le sorprendió leer en una revista arqueológica de mucha reputación, la crítica que en Aguazuque falta un contexto asociado y que, además, la excavación fue hecha con una metodología anticuada que no permitía la reconstrucción histórica. Por un lado basta una hojeada de los planos de la excavación y el capítulo de síntesis para asegurarse que los contextos son precisamente la riqueza de Aguazuque; por otro lado la arqueología colombiana se ha destacado desde sus inicios por intentar una reconstrucción histórica donde así lo permita el sitio arqueológico.

Marianne Cardale de Schrimppff